
La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña

En las últimas décadas hemos visto detallarse de manera cada vez más clara a un grupo de naciones americanas con experiencias coloniales distintas, que hablan lenguas distintas, pero que incuestionablemente presentan ciertos rasgos comunes. Me refiero a los países que solemos llamar «caribeños» o «de la cuenca del Caribe». Esta denominación obedece tanto a razones exógenas —digamos, el deseo de las grandes potencias de recodificar territorialmente el mundo con objeto de conocerlo mejor, de dominarlo mejor— como a razones locales, de índole autorreferencial, encaminadas a fijar con mayor coherencia la furtiva imagen de su Ser colectivo. En todo caso, para uno u otro fin, la urgencia por sistematizar las dinámicas políticas, económicas, sociales y antropológicas de la región, es cosa muy reciente. Se puede asegurar que la cuenca del Caribe, a pesar de comprender las primeras tierras de América en ser exploradas, conquistadas y colonizadas por Europa, es todavía, sobre todo en términos de las ciencias sociales, una de las regiones menos conocidas del mundo moderno.

Los principales obstáculos que ha de vencer cualquier estudio global de las sociedades insulares y continentales que integran el Caribe son, precisamente, aquellos que por lo general enumeran los científicos para definir el área: su fragmentación; su inestabilidad; su recíproco asilamiento; su desarraigo; su heterogeneidad cultural; su falta de historiografía y de continuidad histórica; su contingencia y su provisionalidad; su sincretismo, etc. Esta inesperada conjunción de obstáculos y propiedades no es, por supuesto, casual. Lo que ocurre es que la sociedad post-industrial —para emplear un término novedoso— navega el Caribe con juicios y propósitos semejantes a los de Cristóbal Colón; esto es, desembarca científicos, inversionistas y tecnólogos (los nuevos descubridores), que vienen con la intención de aplicar «acá» los métodos y los dogmas de «allá», sin querer ver que éstos sólo se refieren a las realidades de «allá». Así, se acostumbra definir el Caribe en término de su resistencia a las distintas metodologías imaginadas para su investigación. Esto no quiere decir que las definiciones que leemos acá y allá de la sociedad pan-caribeña sean falsas y, por lo tanto, desechables. Yo diría, al contrario, que son tan potencialmente productivas como lo es la primera lectura de un libro, en la cual, inevitablemente, como decía Barthes, el lector se lee a sí mismo. Pienso, no obstante, que para la sociedad post-industrial ya ha llegado el momento de una re-lectura del Caribe; esto es, la situación en que todo texto empieza a revelar su propia textualidad.

Esta segunda lectura, sin embargo, no ha de ser nada fácil. El espacio caribeño —recuérdese— está saturado de mensajes emitidos en cinco lenguas europeas (español, inglés, francés, holandés y portugués), sin contar las lenguas aborígenes ni los diferentes *créoles* que corroen el discurso de Próspero desde el cañaveral hasta la plaza del mer-

cado urbano. Además, el espectro de los códigos caribeños es de tal abigarramiento y densidad, que informa la región como una verdadera sopa de signos. Se ha dicho muchas veces que el Caribe es la unión de lo diverso, y tal vez sea cierto. En todo caso, mi propia re-lectura me ha llevado por otros rumbos, y ya no me es posible alcanzar reducciones de tan ejemplar perfección.

En esta re-lectura (la de hoy) propongo, por ejemplo, partir de algo más concreto, de algo fácilmente comprobable: un «hecho» geográfico. Específicamente, el hecho indiscutible de que las Antillas constituyen un puente de islas que conecta, de «otra manera», Suramérica con Norteamérica. Este accidente geográfico le confiere a toda el área, incluso a sus focos continentales, un carácter de archipiélago, es decir, un conjunto discontinuo (¿de qué?): espacios vacíos, voces deshilachadas, conexiones, suturas, viajes de la significación. Este archipiélago, al igual que otros, puede verse como una isla que se «repite» a sí misma. He destacado la palabra «repite» porque quiero darle el sentido inquietante con que suele aparecer en el discurso post-estructuralista, donde toda repetición entraña necesariamente una diferencia y un aplazamiento. ¿Cuál sería entonces la isla que se repite, Jamaica, Aruba, Puerto Rico, Miami, Haití, Recife? Ciertamente, ninguna de las que conocemos. Ese origen, esa isla-centro, es tan imposible de alcanzar como aquella hipotética Antillia que reaparecía una y otra vez, siempre de manera fugitiva, en los portulanos de los cosmógrafos. Esto es así porque el Caribe es un meta-archipiélago (jerarquía que tuvo la Hélade y también el gran archipiélago malayo), y en tanto meta-archipiélago tiene la virtud de carecer de límites y de centro. Así, el Caribe desborda con creces su propio mar, y su *ultima Tule* puede hallarse en un suburbio de Bombay, en las bajas y rumorosas riberas del Gambia, en una fonda cantonesa hacia 1850, en un templo de Bali, en una vieja taberna de Bristol, en un almacén comercial de Burdeos en los tiempos de Colbert, en un molino de viento junto al Zuyder Zee, en la discoteca de un *barrio* de Manhattan, en la *saudade* existencial de una canción portuguesa. Pero, entonces, ¿qué es lo que se repite? Tropismos, series de tropismos, de movimientos en una dirección, digamos un gesto danzario, un hondo sentido de la improvisación, el gusto por determinados alimentos (por ejemplo: los grandes flujos del arroz, del plátano, del frijol, del ají y la yuca), la expresión poli-rítmica, el mestizaje, las formas sincréticas, la alta jerarquía de la cultura popular, los modos de alejarse y acercarse al mundo de Occidente (recuérdese que, como dijo Malaparte, el Volga nace en Europa), la experiencia socio-económica de la plantación, en fin, paralelismos aquí y allá, contradicciones aquí y allá.

Pero de todo eso se ha escrito ya demasiado. En realidad el Caribe es eso y mucho más. Lo que hemos dicho no bastaría para considerarlo un meta-archipiélago, ni cosa que se le parezca. El Caribe es algo verdaderamente sofisticado y eficaz: el último de los meta-archipiélagos. Si alguien exigiera una explicación visual, una gráfica de lo que es el Caribe, lo remitiría a la Vía Láctea, el flujo de plasma transformativo que gira parsimoniosamente en la bóveda de nuestro globo, que dibuja sobre éste una cartografía «otra» que se modifica a sí misma a cada instante, objetos que nacen a la luz mientras otros desaparecen en el seno de las sombras: producción, intercambio, consumo, máquina (son palabras que vienen a la mente).

No hay nada maravilloso en esto, ni siquiera poético; ya se verá. Hace un par de

párrafos, cuando proponía una re-lectura del Caribe, sugerí partir del hecho indiscutible de que las Antillas constituyen un puente de islas que conecta, de «otra manera», Suramérica con Norteamérica; es decir, una máquina que conecta la narrativa de la búsqueda de El Dorado con la narrativa del hallazgo de El Dorado; o también, si se quiere, el discurso de la utopía con el discurso de la historia, o bien, el discurso del deseo con el discurso del poder. Destaqué las palabras «otra manera» porque si tomamos como conexión de ambos sub-continentes el enchufe centroamericano, los resultados serían mucho menos productivos y un tanto ajenos a este trabajo. En realidad, tal enchufe sólo adquiere importancia objetiva en los mapas de la geografía, de la geo-política, de las estrategias militares y financieras del momento actual. Son mapas de orden pragmático que todos conocemos, que todos llevamos por dentro, y por lo tanto podemos referir a una primera lectura del mundo. Las palabras «otra manera» son las huellas de mi intención de significar este texto como producto de una re-lectura, de «otra lectura». En ésta, el enchufe que verdaderamente cuenta es el que hace la máquina Caribe, cuyo flujo, cuyo sonido, cuya presencia, atraviesa los mapas de las grandes contingencias de la historia universal, de los cambios magistrales del discurso económico, de los vastos choques de razas y de culturas.

Seamos realistas, seamos al menos escépticos: el Atlántico es hoy el Atlántico (con todos sus puertos-ciudades) porque alguna vez fue producto de la cópula de Europa —ese insaciable toro solar— con el archipiélago Caribe; el Atlántico es hoy el Atlántico (el espacio del capitalismo) porque Europa, en su laboratorio mercantilista, concibió el proyecto de inseminar la matriz caribeña con la sangre de Africa, y aún de Asia; el Atlántico es hoy el Atlántico (NATO, Mercado Común Europeo, etc.) porque fue el parto doloroso del Caribe, su vagina distendida entre ganchos continentales, entre la encomienda de indios y la plantación esclavista, entre la servidumbre del *coolie* y la discriminación del criollo, entre el monopolio comercial y la piratería, entre la fortaleza y la capitulación; toda Europa tirando de los ganchos para ayudar al parto del Atlántico: Colón, Cabral, Cortés, de Soto, Hawkins, Drake, Hein, Rodney, Surcouf... Después del flujo de sangre y de agua salada, enseguida coser los colgajos y aplicar la tintura antiséptica, la gasa y el esparadrapo quirúrgico; entonces la espera febril por la cicatriz: supuración, siempre la supuración.

Sin proponérmelo he derivado hacia la retórica inculpadora y militante de mis primeros textos sobre el Caribe. No se repetirá. En todo caso, para terminar el asunto, hay que convenir en que a. C. (antes del Caribe) el Atlántico ni siquiera tenía nombre.

No obstante, el hecho de haber parido un océano de tanto prestigio (con sus costas y todo) no es la única razón por la cual el Caribe es un meta-archipiélago. Hay otras razones de semejante peso. Por ejemplo, es posible defender con éxito la hipótesis de que sin las entregas de la matriz caribeña la acumulación de capital en Occidente no hubiera bastado para, en poco más de un par de siglos, pasar de la llamada Revolución Mercantil a la Revolución Industrial. En realidad, la historia del Caribe es uno de los hilos principales de la historia del capitalismo, y viceversa. Se dirá que esta conclusión es polémica, y quizá lo sea. Claro, este no es el lugar para debatirla, pero siempre hay espacio para algunos comentarios.

Veamos: